LIBRO DE MEMORIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CUESTIÓN LUMINOSA

Los que empezaban á espantarse de la obscuridad de los tiempos en que vivimos, han tenido una doble ocasión para ver con claridad los estragos de la luz.

En la historia de las iluminaciones espontáneas, que el vulgo poco metafísico llama incendios, deben colocarse en lugar preferente las dos últimas, que casi aún tenemos á la vista.

Hace tiempo que humeaba, digámoslo así, entre la multitud, una cuestión medio política, medio económica, que traía revueltos á todos los que hemos convenido en que el hombre debe constituirse lo menos dos veces por hora en cañón de chimenea.

Se trataba de averiguar si el tabaco que recibimos por conducto del gobierno llenaba todas las condiciones necesarias para la mejor satisfacción del vicio de fumar.

La cuestión era medio política, pues por una parte se reclamaba la libertad del tabaco; y era medio económica, porque, por otra, se buscaba por medio de esa libertad la baratura del combustible.

Y aquí salta á mis ojos una consideración igualmente económica y política, que abandono por ahora á la reflexión desocupada de los lectores que no tengan prisa.

Yo digo: se pretende la libertad del tabaco por la razón verdaderamente económica de que el cigarro libre valdrá menos. Pues bien: aplíquese al hombre este principio económico-político, y resultará necesariamente que, cuanto más libre sea el ciudadano, menos debe valer.

La cuestión se me presenta así: políticamente hablando, el hombre libre es un tesoro; económicamente hablando, el hombre libre no vale dos cuartos.

Esto me parece á mí tan concluyente, que me atrevo á definir la Economía política, diciendo: es una ciencia por medio de la que la sabiduría humana aspira á hacer al hombre libre para que no valga nada.

Tan sublime aspiración de la ciencia ha debido tropezar con uno de esos obstáculos que la ignorancia arroja en el camino de la sabiduría; ha debido estrellarse en esa sentencia vulgar que dice: «Lo barato es caro»; resultando la ciencia atascada en este pantano: el ser libre, vale menos, pero cuesta mucho más.

Dejando aquí á la ciencia, volvamos al tabaco.

El espíritu de partido decía por una parte: el tabaco del estanco es veneno; y añadía: no solamente es veneno, sino que no arde. «Admito la cuestión en ese terreno, debía replicar el gobierno; el tabaco es veneno, perfectamente, pero no arde; ese es mi argumento. Si no arde, ¿qué os importa que sea veneno? Vosotros decís: el tabaco que vende el gobierno, es un veneno que está imposibilitado de envenenar. ¿Qué más queréis? ¿Tiene nadie derecho á quejarse de que el tabaco no envenene?»

En verdad, esto no tiene réplica.

Aquí estaba la cuestión entre los fumadores y los estancos, mientras el tabaco, irritado, meditaba un golpe decisivo.

Al fin sintió dentro de sí mismo la chispa precursora del rayo de luz que había de iluminar el asunto; y seguramente debió decir para sí: «Veneno ó no veneno, veremos á ver si ardo»; y á la mañana siguiente apareció la fábrica de tabacos fumándose á sí misma.

Las bocanadas de humo se levantaban hasta las nubes, diciendo: «Aquí está la luz»; y las campanas, y las autoridades, y la multitud, convencidas de que verdaderamente ardía el tabaco, gritaban por todas partes: «¡Fuego! ¡Fuego!»

Las llamas rasgaban de vez en cuando sus cortinas de humo, y, asomando sus semblantes encendidos y balanceándose en el aire, los movían como diciendo: «¿Qué tal?»

Convertida en escombros la fábrica, en ceniza el tabaco, y en furias las cigarreras, la cuestión quedó resuelta: el tabaco arde.

Permítaseme que no pase de los umbrales de este incendio, porque es un asunto que quema.

Respetemos los ocultos secretos del fuego, y vea cada uno lo que quiera á la claridad de este incendio.

FAUSTO

Desde que los carteles del teatro de Rossini anunciaron por todas las calles de Madrid la representación del *Fausto*, sospeché yo que este espectáculo haría una gran fortuna.

No calculaba yo eso por el interés del drama ni por la novedad ó grandeza de la música; lo deduje pura y simplemente del sentido de la palabra que servía de título á la función.

Fausto: esta es una combinación mágica de sílabas, cuyo atractivo no podía menos de ser irresistible.

Es, digámoslo así, un ser que va tirando de nosotros por medio de ese mismo aparato con que una luz cualquiera tira de la primera mariposa que se le pone á la mano.

Mecanismo igual al de esas telas finísimas y frá-

giles que las arañas tienden como un encaje en los marcos de todas las ventanas, y en las que se enredan todas las moscas que quieren entrar y que quieren salir, dándose la singular circunstancia de que las moscas no saben buscarse la vida más que entrando y saliendo.

¿Cómo no había de llenarse de gente una y otra noche el teatro de Rossini, atraída por el anuncio del *Fausto?*

Es preciso pasar muy de prisa por el estrecho camino de la vida que hacemos, para no reparar que el fausto es el que nos lleva á todas partes, pues ha venido á ser la fórmula comprensiva de todos nuestros deseos.

Fausto, según Goethe, desesperado de haber vivido tanto, celebra un pacto con el demonio.

¡Admirable cosa es el corazón del hombre! Fausto, desesperado de haber vivido tanto, celebra ese pacto con el demonio para vivir más.

Á punto el tal Fausto de quitarse la vida, por la suprema razón de que ya no podía con ella, ajusta con el diablo el absurdo negocio de continuar viviendo.

Pensando en acabar de vivir, le asalta el demonio de la idea de adquirir una nueva vida.

Le agobia el peso de una triste vejez, y se pone resueltamente en camino en busca de otra.

La idea, verdaderamente, no podía ser más diabólica.

Observemos la propiedad con que para nosotros

resulta bautizado este doble personaje, este joven viejo.

Fausto se ve arruinado: la vejez es la ruína del hombre, y éste iba á quebrar; echa sus cuentas, suma sus deudas, y decide restarse la vida.

Goethe supone que el demonio aparece repentinamente delante de Fausto bajo el nombre de *Mephistopheles;* pero, en mi opinión, no debió ser el demonio el aparecido, sino un usurero.

Una vez frente á frente estos dos personajes, se trata el negocio, y se plantea un préstamo como otro cualquiera, bajo la garantía de una hipoteca segura.

Fausto recibe unos cuantos días más de vida en papel, de juventud, y asegura el pago de este anticipo con la finca de su eternidad.

Aquí el tanto por ciento de la ganancia sube á una proporción incalculable, y preciso es convenir en que si *Mephistopheles* era el diablo en persona, ese diablo tenía por lo menos un usurero dentro del cuerpo.

Este episodio será literario, será filosófico, será poético, será dramático, será todo lo que se quiera; pero, en el fondo, no encierra más que una cuestión económica, que es, por una parte, una especie de empréstito, una operación de crédito, y, por otra, una especie de desamortización.

Dado el personaje á todos los demonios, dígaseme si podía llevar otro nombre que no fuera el de *Fausto*.

Él empeña su alma por lucir unos cuantos días más el lujo de su juventud.

Él se despoja de lo que no es suyo, por adquirir lo que no puede conservar.

Vende su alma, en fin, por un poco de cuerpo.

Es un negocio semejante al que podría hacer una lámpara, vendiendo toda la luz para comprar un poco de aceite.

Negocio enteramente igual al que hacen muchas mujeres, vendiendo su cuerpo para comprarse un vestido.

Este es el *Fausto*; profunda alegoría económico-política.

Fausto es ese soberbio camino que nos conduce á todas las miserias.

Este nombre solo había de llevar al teatro Rossini á la multitud; esto para mí era evidente.

El fausto es el que llena las avenidas de la civilización, adonde acudimos á buscar el último lujo.

El diablo tuvo que tomar la forma de un hombre para hacer su negocio: ahora toma las formas de las cosas para seguir más cómodamente el curso natural de sus especulaciones.

Mephistopheles es un aderezo, un vestido, un baile, un coche.

Fausto, como espectáculo teatral, ha sido una función de lujo, y, por consiguiente, la *partitura* ha hecho furor, aunque apenas la habrán comprendido uno por cada ciento.

La moda es así.

Debe ser digna de admiración la ciencia musical empleada en la interpretación del *Fausto*; pero el público, por regla general, no ha entendido ni una nota,—iba á decir ni una palabra.

Musicalmente hablando, puede decirse que ha prestado su oído á una conversación en alemán, que era imposible que entendiera.

Yo tengo un amigo—¿quién no tendrá alguno?—que veía junto á mí la representación del *Fausto* con un entusiasmo tan falto de razón, que me pareció conveniente hacerle contrapeso, á ver si lo detenía en la pendiente de su locura.

Era uno de esos espacios vacíos donde retumba el estrépito de todo lo que suena.

No sabe, en punto á armonía, más que lo que sabe cualquiera de esas cajas que repiten un trozo de música, después que se ha tenido cuidado de darles cuerda.

Este amigo, incapaz de entusiasmarse por sí solo con nada; este ciego, que necesita los ojos de los demás para ver algo, y que sale todos los días de su casa á buscar en los cafés, en las tertulias ó en los teatros el pensamiento que aquel día le corresponde; esta inteligencia callejera, que se alimenta de lo que los demás desperdician, estaba furiosamente entusiasmado con la música del *Fausto*.

Yo le hice algunas observaciones para que cayera en la cuenta de que á él le era imposible entender aquello.

—Desengáñese V. (me dijo): así hablan los ángeles.

En aquel momento acababa el diablo de cantar su diabólica serenata.

Esta oportunidad me ahorró una contestación.

CUENTA DE UNA SEMANA

La última semana ha transcurrido como todas, llenando con admirable exactitud la medida de sus siete días.

El espacio comprendido entre el sábado anterior al último lunes, no se puede considerar como tiempo perdido, pues aunque los días han pasado, desapareciendo en el abismo que todo se lo traga, algo han dejado con que puedan señalarse en la historia las huellas de sus pasos.

Al liquidar la cuenta de esta última semana, nos encontramos con tres sucesos particulares, que, clasificados según el orden de sus respectivas naturalezas, arrojan á las miradas del público estos tres espectáculos:

Un magnífico incendio, dos soberbios asesinatos y un interesante suicidio.

La calle del Fúcar apareció una noche repenti-

namente iluminada por la claridad de unas cuantas llamas, que, en uso de su derecho, campeaban airosas sobre la obscuridad solitaria del tejado de una casa particular.

El fuego, fatigado sin duda por el calor del día, aprovechó el fresco de la noche, y salió, digámoslo así, á tomar el aire.

Necesitaba respirar, y respiró: estaba en su derecho.

Tan incontestable debía ser ese derecho, que los vecinos de la casa comenzaron apresuradamente á desalojarla, como si se consideraran obligados á dejar al fuego en el inviolable ejercicio de su libertad absoluta.

El reconocimiento de este deber pasó de las personas á las cosas, por esa fuerza incontrastable con que lo avasallan todo las grandes ideas.

Así es que las vigas de los techos comenzaron á desplomarse y los techos á hundirse, proclamando el libre imperio del incendio, y confesando que habían perdido el pleito.

El edificio empezaba á abandonar á las llamas el espacio que antes él había usurpado al aire.

La luz estaba hecha.

Ante tan invencible claridad, las casas contiguas se vieron al borde de la verdadera igualdad, de la igualdad completa, de esa igualdad que el fuego, semejante á la idea luminosa, realiza, convirtiendo en escombros los lugares por donde pasa, y en ceniza todo lo que toca.

Pero he aquí que la tiranía se presenta en la calle del Fúcar, bajo la forma de la autoridad, seguida de la guardia, acompañada de las bombas.

Aquí empieza una lucha heroica entre el fuego que todo lo ilumina y el agua que todo lo ahoga.

Al fin, ¡oh ignominia!, triunfó la fuerza bruta.

El incendio hizo su último esfuerzo, y desapareció, dejando en las paredes abrasadas por el fuego las señales de su paso, como si hubiera querido decir:

«Hasta aquí llegué yo.»

*
**

Algunas noches antes aparecieron en el Campo del Moro dos cadáveres, como los testigos mudos de dos asesinatos.

El primero de estos cadáveres era de una mujer que habría vivido unos veinte años.

El segundo era un hombre que no habría vivido muchos más.

Estaban tendidos sobre la tierra con ese terrible abandono con que el cuerpo se desploma, resuelto á descansar de las fatigas de la vida.

Ambos habían caído agobiados bajo el peso de unas cuantas puñaladas.

La sangre se asomaba atropelladamente por las heridas, como si quisiera ver por fuera el estrecho calabozo donde había vivido tanto tiempo encerrada.

Por un fenómeno, cuyo secreto pertenece á la

química, esa misma sangre se detenía en los bordes de las heridas, aglomerándose como espantada de la impresión del aire libre.

Ella, que por espacio de tantos años había circulado rápidamente por las complicadas ramificaciones de las venas, se encontraba detenida, maniatada, perdida, en el momento en que se abrían, digámoslo así, las puertas de su prisión y se rompian las cadenas de su esclavitud.

Se iba descomponiendo en la misma proporción que iba siendo libre.

Parece como que en su esclavitud consiste su vida.

Saliendo mataba, y al salir moría.

El primero de estos ensangrentados cadáveres se encontró á gran distancia del segundo, como si la tierra se hubiera interpuesto, dudando de que en tan pequeño espacio pudieran caber dos crímenes tan grandes.

Esto, cuando menos, prueba el atraso de la tierra en materia de geometría, pues es cosa resueltamente averiguada que en ese puñado de barro que se llama hombre, caben muy bien los crímenes más grandes.

Á pesar de la distancia que separaba á uno y otro cadáver, se comprendía que ambos estaban estrechamente unidos por el vínculo de un mismo crimen.

Se echaba de ver al instante la misteriosa relación que existía entre uno y otro.

Cada uno de estos cadáveres decían claramente á cuantos ojos los miraban:

«Aquí ha sido una mujer asesinada.»

«Aquí ha sido asesinado un hombre.»

Y mostrando sus respectivas heridas, declaraban cómo habían sido asesinados.

Y el calor de la vida, apenas apagado en ellos, decía cuándo.

Pronto se averiguaron estas tres cosas importantes:

¿Dónde? Allí.

¿Cómo? Á puñaladas.

¿Cuándo? Hacía una hora.

El cadáver del hombre fué encontrado en el momento en que la vida iba á desaparecer, y, antes de enmudecer para siempre, sus labios pudieron pronunciar una palabra.

Esta palabra fué: «Navarro».

Navarro puede ser cualquiera, y en España hay una provincia entera en que todos son navarros.

La luz que podía recogerse de estos datos, era bastante obscura, y con ella sólo había la absolutamente necesaria para ver dos cadáveres.

Entonces habló con más elocuencia que el más grande de los oradores....

—¿Quién?

—La garita de un centinela, próxima al lugar del crimen.

De su soledad salió una voz.

De su obscuridad brotó la luz.

La garita demostró claramente que estaba abandonada.

Para tener valor en juicio, necesitan juntarse tres hombres, y sostener bajo juramento su palabra si quieren ser creídos; aquí habló una garita, y fué inmediatamente creída bajo su palabra.

Nadie puso en duda que el criminal era el centinela.

¿Cómo se ha tejido este sangriento drama?

¿Es una misma mano la que ha consumado los dos asesinatos?

Estas preguntas tienen que quedarse aquí hasta que hable el proceso; los procesos son muy curiosos, y todo lo averiguan; y, además, son muy habladores, y todo lo dicen.

Nuestra sumaria no puede pasar de esta doble suma: dos asesinatos y dos cadáveres.

*
**

Tres días después ocurre el tercer caso.

Un joven atenta á su vida en el portal de una casa, donde, sin duda alguna, se estaba esperando á sí mismo, y se asesta, una detrás de otra, por no podérselas dar todas á un tiempo, tres puñaladas, que lo derriban bañado en sangre.

Esto es lo que se llama un suicidio, es decir, tres delitos en un solo crimen, porque el suicidio se consuma siempre con las tres circunstancias agravantes de alevosía, premeditación y sobre seguro.

En todo suicidio hay un asesino y una víctima, y la víctima está dominada por el asesino, que cuenta con la impunidad segura.

Aquí se abre una cuestión de derecho materialista.

¿Puede el hombre disponer de su vida?

Los materialistas tienen que decir que sí, ó no saben lo que se dicen; pero, digan lo que quieran, sumada la cuenta de la semana, arroja la cantidad siguiente:

UN MAGNÍFICO INCENDIO, DOS SOBERBIOS ASESINATOS Y UN INTERESANTE SUICIDIO.

M. PIETRÓPOLIS

TENÍA yo por cosa segura que no había nada tan dislocado como la sociedad en que vivo y el mundo en que me encuentro.

No se me había ocurrido nunca la idea de sospechar que pudiera haber una relajación de vínculos mayor que la relajación que desde hace mucho tiempo observo en todas las coyunturas del cuerpo social que se agita á mi alrededor, ejecutando las más maravillosas contorsiones.

Mis conocimientos acerca de la elasticidad de los cuerpos no había pasado del triste estudio á que se presta la fabulosa flexibilidad que han adquirido todos los sentimientos.

Ignoraba yo que, en punto á dislocaciones, pudiera presentarse un ejemplar más acabado, y, digámoslo así, más perfecto que este nudo espantoso de pasiones y de intereses, de vicios y de errores, que, enroscándose entre sí, forman el conjunto animado de esta revuelta Babilonia.

Pero este error en que yo vivía, se ha desvanecido.

Hay algo más dislocado que esta reunión de seres humanos que formamos la presente sociedad, y ese algo es un hombre, y este hombre se llama M. Pietrópolis.

M. Pietrópolis es un hombre; á lo menos, un naturalista no tendría inconveniente en asegurar, bajo juramento, que, examinado en todos los pormenores de su estructura, M. Pietrópolis está construído en el taller donde se construyen los hombres.

Pero M. Pietrópolis posee hasta el último secreto de la dislocación, y de su conjunto de hombre forma, según su voluntad ó su capricho, una serie sucesiva de conjuntos monstruosos, en los que la figura del hombre desaparece, retorciéndose y anudándose sobre sí misma con tan prodigiosa facilidad, que la culebra más ágil se vería muy apurada para hacer otro tanto.

Hasta ahora el hombre se había golpeado la frente con la palma de la mano como si la frente fuera la puerta de la casa, y la mano el único aldabón con que pudiera llamarse á la puerta de esa casa.

M. Pietrópolis ha descubierto que habíamos equivocado el camino, y lo demuestra golpeándose la parte posterior de la cabeza con la planta del pie, con más facilidad que nosotros nos golpeamos la frente con la palma de la mano.

Este hombre, digámoslo así, tiende una alfombra sobre la arena del circo, y se destornilla á la vista del espectador, ofreciendo al asombro público las diferentes maneras por medio de las que el hombre puede deshacerse de su noble figura para convertirse en un verdadero lío de formas humanas.

Observando atentamente las transformaciones que M. Pietrópolis ejecuta sobre sí mismo, parece que asistimos al momento misterioso en que, dejando el hombre de ser hombre, se convierte en monstruo.

Dios hizo al hombre de un puñado de barro; pero M. Pietrópolis parece que se ha hecho á sí mismo, empleando con previsión admirable en la construcción de su propio ser la goma y el acero.

Dios hizo al hombre para que no pudiera ser más que hombre; pero M. Pietrópolis se ha construído á sí mismo con todas las condiciones necesarias para ser *saltimbanquis*.

Y aquí tiene el materialismo neto un caso evidente de generación espontánea.

M. Pietrópolis ha escondido bajo la forma común de un hombre, toda la rara organización de su particular especie.

Se ha emboscado, digámoslo así, en la figura humana, para entretenerse en dislocarla.

M. Pietrópolis es un caso en que el hombre es la careta, el disfraz, y el individuo es el *saltimbanquis*.

En presencia del público, M. Pietrópolis se desnuda del traje de hombre, y se presenta al asombro

de los concurrentes, no como Dios quiso hacerlo, sino como él mismo se ha hecho.

Este prodigio causa una gran admiración, que todos experimentan y que ninguno examina, porque, siendo tan alegre la superficie de la vida, á nadie le gusta descender al fondo de las cosas, que es siempre triste.

La admiración que causa M. Pietrópolis consiste en lo inverosímil de sus monstruosas dislocaciones.

La admiración viene, pues, de que la multitud no ha llegado á comprender todavía cómo un hombre puede dejar de serlo.

Cuando M. Pietrópolis se desembaraza del horrible anudamiento á que condena la noble forma de su ser, para admirar y divertir á la multitud, parece como que su figura se levanta más airosa y más gallarda, como si el hombre, tal como Dios lo hizo, se irguiera indignado contra la profanación consumada en su noble figura por la fuerza brutal del *saltimbanquis*.

M. Pietrópolis, como hombre, acaso no pudiera vivir, y ha tenido que dislocarse de una manera bárbara, para adquirir una profesión capaz de ponerlo en actitud de ganarse la vida.

Respetemos este secreto de la industria, en que viene á ser un arte la degradación pública de la figura humana.

Pero al fin M. Pietrópolis no hace más que poner su cuerpo en el tormento de la necesidad; ha hecho de la elasticidad de sus músculos los instrumentos de su oficio; ha dislocado sus miembros para poder vivir, eligiendo el oficio más inútil para los demás y más útil para sí mismo.

Al fin, sea como quiera, M. Pietrópolis no hace más que escarnecer la figura humana; es una cara que hace muecas horribles y prodigiosas; es un hombre, en una palabra, que juega con su vestido de hombre.

Pero eso mismo que hace M. Pietrópolis con los músculos, lo están haciendo muchos hombres con el entendimiento.

Hay inteligencias completamente dislocadas, que están arrojando constantemente á la arena de este circo en que vivimos las más monstruosas combinaciones.

Hay *saltimbanquis* como M. Pietrópolis que hacen de su cuerpo lo que quieren; hay entendimientos que hacen de la lógica lo que les trae cuenta.

Hay también inteligencias de goma.

M. Pietrópolis se burla de la forma; esos entendimientos se mofan de la esencia.

M. Pietrópolis pisa su propio cuerpo; esos hombres pisan su propia alma.

El uno es un hombre que se ha hecho *saltimbanquis*; los otros son saltimbanquis que se han hecho hombres.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO